

rito de elevar el Sacramento, dice: «El mo-  
«tivo por que en la Misa eleva el sacerdote  
«el cuerpo del Señor, manifestándolo á los  
«fieles, es para declarar la sabiduría de  
«Dios, escondiéndose bajo la especie de pan  
«por muchos motivos; pues si apareciere  
«en el altar como es en sí, ó como en la  
«cruz, muchos, en lugar de recibirle, se  
«espantarian y huirían.»

La costumbre de la elevacion de la Eucaristía en la Iglesia latina es del siglo XII, que despues de haber Berengario impugnado la presencia real, dispuso la Iglesia este rito, á fin de que confesasen los fieles públicamente la presencia del cuerpo de Cristo en la Eucaristía; cuya accion es tan admirable como conveniente para la elevacion del Sacramento. (Le Brun, t. 1, p. 1).

Introducida la disciplina de la elevacion de la hostia y cáliz despues de la consagracion, se introdujo tambien la costumbre de tocar la campanilla para excitar los espíritus de los fieles á la oracion. (Guill. Paris. Ep. ap. Card. Bon. lib. 2, c. 13).

Fácilmente ahora se entiende que la materia de esta oblacion era no meramente pan y vino, como los Protestantes pretenden, sino verdaderamente el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor; pues que no se ofreció el pan y el vino sino para ser estos cambiados por una virtud toda poderosa.

es decir, por virtud del Espíritu Santo; y esta es la razon por que este misterio se llama: «la transformacion del Espíritu Santo» (Mis. Goth. 66); y la transformacion del «cuerpo y de la sangre de Jesucristo, por la «virtud de aquel que los crió, que los bendijo «y santificó» (ib. Miss. 7), es decir, que los formó sobre el altar, para estar nosotros con él, dándonos por uno y otro una fuente de bendicion y de gracia. Pués habiendo Jesucristo pronunciado «que se santificaba á «sí mismo para nosotros, es decir, que él «se ofrecia y se consagraba á fin de hacer- «nos santos» (Joan. xvii, 19), no tememos en afirmar que esta santificacion y oblacion de Jesucristo continúa aun sobre nuestros altares; y que esencialmente consiste en la consagracion de la Eucaristía, como veremos en el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO XVII.

DE LO QUE HIZO Y DIJO JESUCRISTO EN LA INSTITUCION DE LA SAGRADA EUCHARISTÍA.

Todas las oraciones de las liturgias al cabo no son otra cosa que una explicacion de lo que los Evangelistas y el Apóstol han dicho en seis líneas: *Jesús tomó el pan en sus sagradas manos, dió gracias sobre de él, lo bendijo...* Los griegos dicen en sus litur-

gias: *él lo manifestó á su Padre*; pues ¿no es manifestárselo y ponerlo delante sus ojos, el dar gracias sobre él y bendecirlo como hizo? Todas las liturgias explican de qué manera manifestó á su Padre este pan que tenia en sus manos: esto fue, dicen todas de comun acuerdo, *levantando los ojos al cielo*. Todas las veces que Jesucristo daba gracias, ú oraba delante el pueblo, vemos la misma accion, y sus ojos levantados hácia su Padre. Las Iglesias han entendido sobre este fundamento, y su tradicion lo ha confirmado, que él hizo la misma cosa al bendecir el pan: otro tanto hizo con el cáliz, y mostró estos dones á su Padre, sabiendo lo que él queria hacer de ellos, y dándole gracias del poder que le daba para ejecutarlo. El Padre, quien se lo habia inspirado, y que no queria ahorrarse cosa alguna para que atestiguase su amor para con los hombres, miró con complacencia estos dones que habian de servir para una tan grande cosa. En efecto, Jesús continúa, y sea rompiendo el pan, ó despues de haberlo verificado, dijo á sus Apóstoles: *Tomad, comed, Este es mi Cuerpo*. En seguida presentándoles el cáliz, añadió: *Bebed todos de él, Esta es mi Sangre*. Aquí tienen los Protestantes lo que queria hacer de este pan y de este vino. Él no quiso, sin embargo, parecer en él, porque este era un objeto que preparaba para

la fe. Él sabe manifestarse y esconderse cómo y cuándo le place; la historia de los dos discípulos de Emaús, la aparicion á María, y tantos otros ejemplos de su Evangelio, nos hacen bien ver que sabe parecer, cuando quiere, bajo una figura extranjera, ó se manifiesta en la suya propia, ó desaparecer enteramente de nuestros ojos, y pasar tambien por medio de toda reunion sin que nadie le vea. Él no tenia necesidad de manifestarse en esta ocasion, pues sabia que sus verdaderos discípulos le creerian sobre su palabra; y su Padre, á quien habia presentado este grande objeto, sabia bien por qué estaba en él, y por qué estaba escondido, y que por estar escondido á los hombres no era ni menos visible ni menos agradable á sus ojos.

La Iglesia ha presupuesto que la palabra de Jesucristo fue al momento seguida de su efecto. En un instante se hizo este cambio extraordinario; pues que Jesucristo dijo: *Tomad, comed, bebed*. Mas esto no podia parecer lo que realmente era, porque él dijo: *Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre*. Es un error insensato creer se hizo el cambio de la sustancia al tomarla, puesto que dijo antes Jesucristo: *Esto es...* de modo que fue menester tomarla, no para hacerla tal, sino al contrario, porque lo era ya. En esta suposicion ¿quién no ve que este Cuerpo y

esta Sangre eran ya desde entonces un objeto, y su consagracion una accion agradable á Dios por sí misma? Accion en la que poniendo Jesucristo su cuerpo de un lado y su sangre de otro, por la virtud de su palabra, se expuso él mismo á los ojos de Dios bajo una imágen de muerto y de sepultura, honrándole como á Dios de la vida y de la muerte, reconociendo altamente su majestad soberana; pues que en esto le representaba la mas perfecta obediencia que se le ha jamás tributado, es decir, la de su Hijo único, decidido y obediente hasta á la muerte de cruz.

Se ve ya claramente marcado que esta accion es una oblacion y un sacrificio, jamás la Iglesia ha dudado de ello; pues esta idea de oblacion no queda destruida por el mandato de comer y de beber, ni porque los Apóstoles comiesen y bebiesen en efecto luego despues de la consagracion. ¿Son acaso incompatibles la oblacion y la manducacion? La ley tenia oblaciones y sacrificios de los que se participaba comiendo de ellos, y no hay en efecto cosa mas conveniente que consagrar, para ofrecer á Dios, lo que nos debe santificar comiendo de la cosa ofrecida y consagrada. ¿Qué perjuicio puede seguirse á este intento que la consagracion haya sido seguida tan pronto de la manducacion? Para distinguir claramen-

te las dos acciones basta el decir Jesucristo: *Esto es...*

De otro modo obró respecto el agua del Bautismo. Aunque hizo de ella un Sacramento, nada dijo ni hizo que nos hiciese pensar formara de ella una otra sustancia: en una palabra, no dijo que ella fuese su Sangre, á pesar que la representa; pero antes que se coma la Eucaristía, ha dicho ya antes que aquello es su Cuerpo y su Sangre: la imágen de su muerte está ya en ella impresa por su palabra, motivo por que dijo: *Este es mi Cuerpo partido, esta es mi Sangre derramada para vosotros.* Cuyas palabras hacen relacion no solo al sacrificio de la cruz, sino tambien al sacramento de la Eucaristía. Pues que en la Eucaristía parte y da su Cuerpo, como igualmente derramó su Sangre en la cruz. Queriendo, pues, nuestro Salvador darnos la propia sustancia de su cuerpo en dos estados, el uno en la cruz de una manera sensible, y el otro en la Eucaristía de una manera invisible y escondida, para expresar la cualidad, despues de haber nombrado la sustancia, ha expresamente escogido términos que convienen á los dos estados. Si hubiese dicho, por ejemplo: *Este es mi Cuerpo comible*, esto no convendría al Cuerpo de la cruz; y si hubiese dicho: *Este es mi Cuerpo clavado en una cruz*, tampoco convendría al Cuerpo

que está en la Eucaristía. Escogió *dado*, que conviene igualmente á este divino Cuerpo, no solo en el de la Eucaristía, sino tambien en el de la cruz, para manifestar que es el mismo en una y otra parte; el mismo, digo, que está del mismo modo en la Eucaristía como en la cruz, é igualmente *dado*, en una y otra parte, con su propia y verdadera sustancia. Lo mismo debe decirse de *la Sangre derramada*; y la que mana aun en nuestro cáliz es en sustancia el mismo licor que manó del sagrado costado. Esta es la razon por que escogió Jesucristo las palabras; y para ser mejor comprendido, no dijo en futuro: *Este es mi Cuerpo* ó *mi Sangre* que será *dado* ó *derramada*; sino que, segun el texto original, habló de presente: *Este es mi Cuerpo que es dado, que es partido, ó que se da y se parte, fregitque dedit; y esta es mi Sangre que se derrama*, para manifestarnos que actualmente estaba *dado*, *partido* y *derramado* en la Eucaristía.

Es verdad que esta expresion de tiempo presente tiene tambien relacion á la muerte que va á sufrir, pues era á la víspera de su suplicio, y decia en la misma cena: *El Hijo del Hombre se va, como de él está escrito* (Matth. xxvi, 24); y dos dias antes: *Dentro dos dias que será la Pascua, y el Hijo del Hombre es entregado para ser cru-*

*cificado*. (Matth. xxvi, 2). Cuyos textos indican se consideraba ya como á muerto. ¿Con cuánta mas razon, en la institucion de la Eucaristía, debia decir de su Cuerpo y de su Sangre, tambien con referencia á la cruz, que era un cuerpo ya inmolado y una sangre derramada, pues que lo iba á ser, y que se empeñaba, de nuevo y mas que nunca, por esta accion á inmolarla y derramarla? Mas como habia escogido las palabras que pudiesen convenir á su santo Cuerpo, tanto en la cruz como en la Eucaristía, lo mismo hizo de los tiempos; y hablando en tiempo presente, manifiesta no solamente su muerte próxima, sino que manifiesta en su Cuerpo y en su Sangre un carácter de víctima con el que están actualmente revestidos.

Este carácter es visible en estas palabras, *para nosotros*; pues estas son aquellas de las que se sirve toda la Escritura para manifestar que la cruz es un sacrificio donde Jesucristo da su vida y derrama su sangre para nosotros. Del mismo modo la accion del sacrificio se marca en la Eucaristía, cuando dice el mismo Jesucristo que da no solo en ella su Cuerpo, sino tambien que *se da para nosotros*, y que su Sangre derramada *para* nosotros en la cruz se derrama aun *para* nosotros en esta accion, debiendo cuando se bebe parecer en ella bajo

la forma de un licor dispuesto siempre á correr para nuestra salvacion.

De nada sirven las objeciones si Jesucristo instituyó un Sacramento para comer y no para ofrecer; ó que instituyó, no un sacrificio, sino la conmemoracion de un sacrificio, por cuanto todo nos da una idea de sacrificio lo que pasó en la cena de Nuestro Señor. La razon de Sacramento no repugna á la de sacrificio, y mucho menos la manducacion y conmemoracion: testigo, sin ir mas léjos, la fiesta de Pascua, que para los hebreos fue á la vez un Sacramento y un sacrificio; una cosa que se ofrecia y que se comia como otras tantas víctimas; un sacrificio muy verdadero que se repetia todos los años con la conmemoracion de un sacrificio, por el cual el pueblo de Dios habia sido libertado de la grande plaga de Egipto.

Noche funesta para los egipcios cuando el Ángel debia pasar en todas las casas para exterminar á los primogénitos. Los hebreos no merecian menos el castigo que los otros, *pues todos han pecado, y necesitan de la bondad de Dios* (Rom. III, 23); mas Dios les quiso conservar y librarlos de la esclavitud del Egipto. Para cuyo efecto ordenó sacrificar un cordero en cada casa, de comerlo, y untar las puertas de la misma con su sangre. «Yo pasaré, dijo el Señor,

«y acabaré con todos los primogénitos de «los egipcios; pero cuando veré la sangre «á la puerta de vuestras casas pasaré á la «otra, y no haré daño como en las demás «(Exod. XII, 12 et seq.); al contrario, des- «de este dia saldréis de la esclavitud, y el «Egipto será muy dichoso en daros la li- «bertad.» Por esto se ve claramente el sacrificio de la entrega. ¿Será necesario aun probar como Dios ordenó que se renovase todos los años? En memoria, pues, de esta noche de la entrega del pueblo debian aun inmolar un cordero y tambien derramar su sangre. ¡Qué! ¿acaso el Señor va á pasar otra vez con su mano vengadora? No por cierto, esto es una conmemoracion; y es como la otra un sacrificio, un cordero como el de antes, derramando su sangre en memoria de la entrega realizada.

De lo que se ve claramente que el primer sacrificio, que es la fuente y el principio, representa la muerte de Jesucristo; y que los sacrificios que se repiten todos los años representan el de la Eucaristía, en los que por consiguiente el Cordero y su sangre deben encontrarse tan verdaderamente como en el primero. No puede decirse que esto es figura y no realidad; por cuanto no es permitido en el Nuevo Testamento ofrecer otro cordero que á Jesucristo. Este será, pues, aquí un Cordero, pero

siempre el mismo. Este Cordero no puede morir mas que una vez; y así la segunda oblation no será mas que una muerte y una inmolacion mística. El Cordero estará en ella sin embargo; de lo contrario la figura, que debiera estar debajo de la verdad, se encontraría encima de la misma. La sangre estará en ella toda entera, y será deramada, pero de un modo escondido y misterioso, para aplicar á cada uno lo que se ha ofrecido para todos una sola vez. Si con el Cordero y su sangre se encuentra aquí pan y vino que es preciso consagrar, y cuyas especies aun parecen, es porque Jesucristo tiene mas de una figura que acabar. Era, pues, necesario que él acabase, dicen todos los Padres, el sacrificio de Melquisedec; era preciso que acabase la figura y los panes de proposicion que se ofrecian á Dios, y el vino con el que se le hacian las efusiones; era tambien menester que acabara los ázimos que debian comerse con el cordero pascual y demás víctimas; y esta es una de las razones por que sacrifica aun en ázimos la Iglesia latina. Aquí es donde se celebra la Pascua de la nueva alianza, no todos los años como la antigua, sino todos los dias; y por la misma razon que el Bautismo, que es nuestra circuncision, no es como aquella, sino un Sacramento; del mismo modo la Eucaristía, que es nuestra pas-

cua, debe ser un Sacramento y un sacrificio.

Por esto, segun entendemos, esta era la Pascua que tanto deseaba Jesucristo para comer con sus discipulos, como lo atestigua por estas palabras: «He deseado con gran deseo comer esta Pascua con vosotros antes que muera.» (Luc. xxii, 15). Esta Pascua tan deseada por el Hijo de Dios no era la Pascua legal que iba á finir; por cuanto muchos afirman no pudo comer este año, por haber sido él mismo inmolado al tiempo en que se celebraba la Pascua; la que no podia ser el último objeto de sus votos, ya por haber otras veces comido en ella con sus discipulos, ya por haber llegado el momento de ser aquella abolida, como todos los otros Sacramentos de la ley, por la cruz de Jesucristo.

El verdadero objeto del Salvador era la nueva Pascua que iba á dar á sus discipulos en su Cuerpo y en su Sangre, que debia acabar en el reino de su Padre, cuando fuese, por la clara vista, la vida y alimento de todos sus hijos. Esta es pues aquí una Pascua y un sacrificio. La Iglesia la ha reconocido; y esto es porque ella nos ha dicho en una de las oraciones de su liturgia, como hemos notado, que Jesucristo instituyó en el dia de la cena un sacrificio perpétuo, en el que se ofreció él mismo el

primero, y en el que nos enseñó él mismo á ofrecerle.

En efecto, despues que él se ofreció del modo que se ha visto, diciendo: *Este es mi Cuerpo y mi Sangre, dado y derramada para vosotros*, continúa y dice: *Haced esto en memoria de mí*. La Iglesia ha, pues, entendido debe ella hacer lo que él hizo; ella toma el pan como él; como él ella lo bendice, y da gracias sobre él: esto es lo que hemos visto en las oraciones que hace la Iglesia sobre la Eucaristía; como él ella muestra el pan al eterno Padre, y le ofrece para hacer de él luego despues su propio Cuerpo. Ella sabe bien que la bendicion que hace encima debe pasar á nosotros, y es á nosotros finalmente que ella mira; sabe tambien que el mismo pan está bendecido, como expresamente lo manifiesta san Mateo, xxvi, 26, como igualmente lo está el cáliz, segun san Pablo, I Corinth. x, 16, y que la bendicion afecta, por hablar así, el pan y el vino; que estos son por ella santificados y cambiados, por ser hechos el Cuerpo y la Sangre: sin embargo, en el exterior subsiste la misma cosa, como lo presenta á nuestros ojos; de modo que no está enteramente abolida, sino interiormente cambiada; siendo todo esto la fuente de las expresiones repetidas en todas las liturgias. Tal es el sentido de esta palabra: *Ha-*

*ced esto...* mas ella merece aun alguna reflexion.

En las primeras palabras Jesucristo dijo que esto no era mas que su oblacion; el pan y el vino hechos su Cuerpo y su Sangre; luego sigue: *Haced esto...* declarándonos que podemos y debemos hacer esto que él hizo. En fin, en estas últimas palabras, *en memoria de mí*, explica en qué intencion él lo hizo, y en qué disposicion debemos nosotros hacerlo. Así por las primeras palabras: *Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre*, dice lo que la cosa es en ella misma y por la palabra, independientemente de nuestras buenas ó malas disposiciones. Estad bien ó mal dispuestos, no dejará jamás de ser esto el Cuerpo y la Sangre; por esto no dice san Pablo que los indignos sean privados de ello, sino que *ellos son culpables*. (I Corinth. xi, 27, 29). Tampoco dice que no lo reciben, sino que *ellos no lo conocen*, comiéndolo como manjar comun. Tampoco dijo Jesucristo que sin la fe no se recibe su santa carne, sino que *sin fe ella no sirve de nada, y lo que vivifica verdaderamente es el espíritu* (II Joan. vi, 61), del que esta carne está toda llena; de cuyo espíritu no se participa sino teniendo tambien en su espíritu disposiciones parecidas á las suyas. ¿Quereis, pues, recibir bien la sagrada Eucaristía? Unid las dos cosas como Je-

sucristo las unió; creed que este es el Cuerpo y la Sangre, el Cuerpo dado en la cruz como tambien en la Eucaristía, y lo mismo de su Sangre preciosa; y creyéndolo así, acordaos de Jesucristo, quien entregó su cuerpo y derramó su sangre para vos; es decir, quien murió para vos, y celebrad el misterio de su muerte: celebradlo ofreciéndolo, y celebradlo recibéndolo; pues debéis seguir en todo su intencion, y hacer por consiguiente en memoria de su muerte la consagracion como tambien la recepcion; pues que la Eucaristía, desde el momento de la consagracion, lleva en sí misma una imágen y un sello de esta muerte.

Aquí teneis la carne de una víctima que se ha puesto sobre del altar. Ó judíos, acordaos que ha sido inmolada para vosotros, comedla como á tal y como enteramente vuestra... esto es, y mucho mas, lo que podia decirse al antiguo pueblo; y esto mismo es en términos formales lo que Jesucristo ha dicho y dice aun todos los dias á su nuevo pueblo. Pero dirá acaso alguno que no la ve como en otro tiempo se veia esta carne puesta sobre del altar. Jesucristo dice que es él mismo: ¿y no es esto lo suficiente para un cristiano? Si se viera no tendria necesidad de deciros que es él; pero porque no le ven, él mismo nos lo asegura, debemos creer á su palabra.

— Quanto se os dice para creer se os dice todo lo contrario para ver: así pues creer presente el cuerpo del Salvador mientras que no se ve es esto acordarse que él está allí. Acordémonos, pues, de Jesucristo, creémosle presente desde que él habló, aunque no lo veamos, ofreciéndole á Dios en la Eucaristía, como él mismo en ella se ofrece, ya que él mismo ha dicho y nos ha encargado: *Haced esto en memoria mia.*

### CAPÍTULO XVIII.

DE LA ADORACION DE LA EUCARISTÍA Y SU ANTIGUEDAD.

#### *Mala fe de los Protestantes.*

Dicen nuestros reformadores que antiguamente no se adoraba á Jesucristo en la Eucaristía; luego puede sospecharse, añaden, que no está en ella. Antes de responder en las formas examinemos la mala fe de tales ministros. Cuando se trata de los luteranos que creen á Jesucristo presente sin adorarle, se excusan respondiendo que la adoracion de Jesucristo no sigue siempre á su presencia. Luego, pues, es acompañada la adoracion algunas veces. Luego es evidente su contradiccion cuando tan pronto dicen que en su presencia Jesucristo es adorado como que no lo es.